

toridades mexicanas se apresuraron á protestar contra ese escrito. — Una de las primeras protestas fué la que el comandante general don Gabriel Valencia envió al presidente de la República. El general Almonte, ministro de la Guerra entonces, respondió á aquella protesta por medio de otra carta, de que copiamos el interesante párrafo siguiente.

«El gobierno supremo ha visto con satisfaccion los sentimientos de indignacion y patriotismo que manifestais en vuestra nota relativa á un escrito reciente, y me ordena deciros en respuesta, que él abunda en las mismas ideas, no solamente por el alto puesto que ocupa, sino tambien para manifestar así su satisfaccion por haber contribuido personalmente á la independencia nacional. Si llegáramos á ser privados de este precioso bien, sí, *lo que es imposible, tuviésemos que resentir los efectos de un proyecto anti-nacional que tendiera á establecer en nuestro país una monarquía rejida por un príncipe extranjero que viniérase apoyado en un ejército europeo; si los mexicanos tuvieran que combatir de nuevo contra ese ejército para reconquistar la independencia y la libertad que les han costado tantos sacrificios, la situacion no sería dudosa, porque si el héroe de Iguala, con todos sus títulos á la gratitud nacional, fué objeto de una terrible catástrofe en la memorable jornada de Padilla cuántas mayores razones de venganza tendríamos contra cualquiera otro! Puede asegurarse que nunca se pacificaría México si llegara á ser*

governado por un rey, y sobre todo por un rey extranjero. Su trono sería constantemente combatido por los republicanos del país y por todos los del continente.

ALMONTE

«México, 22 de Octubre de 1840.»

He aquí el hombre que desembarcaba veintidos años mas tarde en Veracruz, el 1.º de Marzo, para patrocinar una monarquía extranjera en México, apoyada en las bayonetas francesas! . . .

La consternacion fué general en México cuando se supo la llegada del general Lorencez, seguido de Almonte, Haro y Tamariz, Miranda y otros promotores de la monarquía.

Por otra parte, los diarios franceses anunciaban ya abiertamente, que el solo fin de la expedicion era «derribar á Juárez, y nombrar á Maximiliano emperador de México.»

El gobierno mexicano dirigió una nota, inmediatamente, á los representantes aliados, anunciándoles su firme resolucion de usar de su derecho haciendo perseguir y castigar á los enemigos de la nacion que, hallándose proscritos, penetraban en ella con intenciones criminales.

En cuanto sir Charles Wyke y el general Prim, que se encontraban solos en Orizava, recibieron este despacho, lo enviaron al almirante Jurien y á M. de Sa-

ligny, haciéndoles saber que, en su opinion, el gobierno mexicano se fundaba en la justicia y en el mas perfecto derecho, y pidiéndoles autorizacion para contestarlo en este sentido.

Veamos primeramente lo que habia pasado desde el desembarco de Almonte.

Cuando desembarcó este general en Veracruz, hizo una visita al conde de Reus y al comodoro Dunlop, y les declaró que contaba con el apoyo de las tres potencias para establecer una monarquia en México bajo el cetro del Archiduque Maximiliano.

El general Prim declaró entónces formalmente al general Almonte, que las tropas españolas no apoyarían una obra que él creia del todo antipática para los mexicanos, y que era contraria al orden de cosas establecido en México, mas de cuarenta años hacia.

El general mexicano contestó que estaba seguro del apoyo de las tropas francesas; y en efecto, algunos dias despues llegaron á Córdoba Almonte, Haro y Tamariz y Miranda, con el general Lorencez y bajo la proteccion de un batallon de cazadores de á pié.

En cuanto el comodoro Dunlop, que se encontraba en Veracruz con M. de Saligny, tuvo conocimiento de la salida de los emigrados mexicanos para Córdoba, seguidos y protegidos por el general Lorencez, hizo sus reclamaciones al ministro de Francia.

Este contestó que, en cuanto al general Almonte, el general Lorencez obraba en virtud de órdenes directas del Emperador.

Aquí se observan mil confusiones en todo, por parte de los representantes franceses.

Luego que el general Prim y Sir Charles Wyke conocieron la respuesta del ministro de Francia al comodoro Dunlop, fueron á ver al general Lorencez, á su paso por Orizava, y le significaron que su conducta era una violacion flagrante del tratado de Lóndres.

¿Podrá creerse?—El general no les dijo una palabra de las órdenes del Emperador, de que habia hablado M. de Saligny. Muy al contrario les propuso enviar á Almonte y á sus amigos á Veracruz!.....

Y en este intervalo, informado sin duda el almirante Jurien por M. de Saligny, de que el general Lorencez ejecutaba órdenes recibidas del Emperador antes de su salida, escribia al general Prim que el general Almonte estaba bajo la proteccion de la Francia!.....

¿Qué creer de todo esto?

Desde entónces era evidente que se queria romper por todo, y que se tenian órdenes en este sentido.

¿Con tales antecedentes, por tales medios, iba el gobierno francés á llevar la civilizacion á un pueblo á quien calificaba de bárbaro!

No es extraño que el general Prim escribiera á su gobierno «que los representantes de la corte de Francia habian perdido todas las consideraciones de cortesia que eran debidas á sus colegas de España y de Inglaterra!»

¿No hubiera sido mejor declarar de una vez, alta-

mente, que habia la intencion determinada de romper?

El almirante Jurien se vió muy embarazado, y esto se comprende muy bien, para responder á la demanda de explicaciones que le dirigieron el general Prim y sir Charles Wyke.

No sabia qué contestar.

En vista de esto, se decidió el conde de Reus á escribir al almirante lo que sigue:

«Orizava, 23 de Marzo de 1862.

«Mi querido almirante y noble amigo:

«Vuestra carta de ayer me ha causado mucha pena, porque veo que hay una resolucion tomada, sea por vuestro gobierno ó por vuestras propias inspiraciones y las de M. de Saligny, de romper la covencion de Londres, de no guardar las consideraciones debidas á las potencias signatarias, y no tener ningun miramiento hácia vuestros colegas de aquí. Os aseguro, amigo mio, que tal perspectiva no me hace ninguna gracia.

«El acto de conducir los emigrados políticos al interior del país, para que organicen en él la revolución que deberá derribar un dia su gobierno existente, así como su sistema político actual, semejante acto cuando avanzais como amigos y cuando esperais el plazo marcado para abrir conferencias, no tiene ningun ejemplo, y me ha llenado de asombro.

«Si habeis recibido órdenes de vuestro gobierno en ese sentido, confieso que ya no conozeo la sabiduría, la justificacion y la grandeza de la política imperial, como tampoco reconozco ya el espíritu de alta consideracion del Emperador hácia la Inglaterra y la España. Siento mucho tener que decirlo, amigo mio, pero es absolutamente necesario: la política que os proponeis seguir en México, con desprecio de la conferencia, puesto que no habeis cumplido el deber de consultarla en un negocio tan grave, dará el desagradable resultado, á mi parecer, de enfriar las relaciones amistosas de la Inglaterra y de la España para con la Francia; y á nadie en el mundo causará esto tanto sentimiento como á mí, porque nadie en el mundo tiene mas veneracion y respeto que yo por el Emperador, ni nadie le es mas noblemente adicto, ni nadie ama mas que yo la Francia y los franceses.

PRIM.»

En la entrevista que habian tenido los plenipotenciarios inglés y español con el general Lorencez en Orizava, habian tratado de convencerlo de que no existia en México ningun partido monárquico; mas el general les contestaba siempre que sus informes particulares y los de su gobierno, eran absolutamente contrarios á los que ellos hubieran podido adquirir.

No queriendo el general Prim excusar ninguna di-

ligencia para impedir al gobierno francés, y sobre todo al Emperador, á quien profesaba particular afecto, el comprometerse en un negocio tan problemático y tan lleno de peligros, marchó á Tehuacan el 27, para conferenciar allí con el almirante Jurien y con el general Lorencez.

Todas sus palabras, todas sus súplicas fueron inútiles.

Las órdenes venidas de Paris eran terminantes.

Almónte tenía razón: contaba con el apoyo de las tropas francesas.

Y la ilusión era tan grande en el almirante Jurien, que no temió afirmar, en Tehuacan, á los representantes de Inglaterra y España, que muy pronto recibirían órdenes formales para asociarse al plan de los franceses.

Solamente así puede encontrarse la explicación de la conducta de este leal militar, incapaz de una superchería.

Demasiado inteligente para no comprender la gravedad de las nuevas medidas tomadas, muy cuidadoso de poner su honor al abrigo de cualquier ataque, y comprendiendo perfectamente que todas las convenciones quedaban rotas desde entonces, el almirante Jurien anunció su intención de volver á tomar las posiciones que ocupaba antes de firmarse la de la Soledad.—Al obrar de la manera que obraba, lo hacia, sin embargo, con mucha repugnancia, sin duda, y encontramos una prueba evidente de sus sentimientos

en algunas palabras dirigidas el 24 de Marzo á sir Charles Wyke y al conde de Reus.

«En virtud de instrucciones *transmitidas directamente al comandante del cuerpo expedicionario*, estos hombres (los emigrados) han obtenido la protección de nuestra bandera. El infrascrito no puede menos de suscribir lo que se ha hecho en este sentido *sin su participación*.

JURIEN.»

Claramente se ve que esto era mas que una excusa: era la expresión de un sentimiento.

La brusca resolución del almirante, de volver á Paso del Macho sin consultar á sus colegas, era de tal naturaleza, que podia comprometerlo todo.

Era preciso buscar un medio de salir de aquella situación intolerable.

Los ministros inglés y español propusieron una última conferencia en Orizava, para que cada uno supiese á qué atenerse, y adoptara las medidas convenientes según el nuevo giro que tomaran los acontecimientos.

Esa conferencia tuvo lugar el 9 de Abril, seis horas antes del término fijado en la Convención de la Soledad para tratar con el gobierno mexicano!

Se ha publicado un expediente muy circunstanciado de esa conferencia, y se sabe que en ella se decidió el reembarque de los españoles y de los ingleses.

Desde antes, y previendo el gobierno inglés estas complicaciones en el curso de Marzo, envió la orden, por despacho del mismo mes, para que se reembarcaran en sus buques los pocos soldados de marina que había permitido desembarcar.

La influencia de Mr. de Saligny había triunfado! Nada había omitido para ello.

Ni siquiera había tenido temor de asegurar que había estado á pique de morir, víctima de un asesinato, y para dar mayor peso á su acusacion, había hecho constar el atentado por el testimonio de algunos miembros complacientes del cuerpo diplomático (1.)

¿No dijo que el ministro de Prusia, M. Wagner, le había escrito á Veracruz:

«Los franceses tienen prisa en que se ocupe esta ciudad, y la idea de ver establecerse una monarquía con un príncipe extranjero gana terreno?»

¿Acaso fué Juárez lanzado de México cuando la brigada del general Berthier estuvo á dos jornadas de distancia?

¿Hubo un solo motin en México contra el gobierno, despues de la caída de Puebla, cuando los franceses iban en marcha para la capital?

Cuanto mas verídico era M. Corwin, el ministro americano, cuando escribía.

(1) El gobierno mexicano mandó practicar una informacion formal, de la que resultó probado que M. de Saligny no había sido objeto de ningún ataque.—Esta informacion se publicó en 1861 por M. Dentu, bajo el título de: *informacion y sentencia judicial sobre la queja de M. de Saligny*.—N. del A.

«Juárez es la personificacion del principio por cuyo mantenimiento ha combatido el gobierno liberal tres años.»

Y la posicion de M. Corwin era mucho mas considerada en México que la de los Sres. Wagner y Saligny.

¿Se quiere saber cómo calculaba el ministro de Francia el monto de sus reclamaciones, y porqué no podia admitirlas M. Charles Wyke?

Leamos el despacho del ministro inglés á lord Jhon Russell:

«Enero 19 de 1862.

«.....

«M. de Saligny fija el total de las reclamaciones por arreglar, en doce millones de pesos, pero diciendo que no las ha examinado, como debió haberlo verificado desde hace un año.

«Mas como su gobierno le previno que indicara algunas sumas... indicó la mencionada arriba, considerándola como *aproximativa de su valor, con uno ó dos millones de diferencia, poco mas ó menos.*

«Esta es, ciertamente, una manera muy libre de tratar cuestiones de tanta importancia, y tanto mas, cuanto que la reclamacion pretende que esta suma, lo mismo que otras reclamadas, sean pagadas *sin discusion* por el gobierno mexicano...»

CH. WYKE.»

Esta era la manera de establecer los cargos que debían ocasionar una intervención armada en México: esto era, sirviéndonos de las palabras de M. Thiers, lo que las armas francesas iban á vengar allí: no era otro el objeto de la Convencion de 30 de Octubre!

Almonte habia sabido persuadir tan bien al Emperador Napoleon, de la necesidad de que lo enviase á México, que S. M. escribia al general Lorencez, en Junio de 1862, las líneas siguientes:

«.....»

«Habeis hecho muy bien en proteger al general Almonte, porpue está en guerra con el gobierno actual de México.

NAPOLEON.»

¿Cómo se puede explicar entonces que el almirante Jurien haya podido decir en la sesion de 9 de Abril «que el general Almonte, que participaba de la opinion general en Europa, de que debía llevarse la guerra á México, iba á predicar la concordia entre los partidos hostiles?»

Y sobre todo, ¿con qué derecho venia á llenar una mision de que se habian encargado tres potencias, sin haber recibido mision legal de ninguna?

No diremos que se entregaran los refugiados mexicanos á sus enemigos:—no era este el papel de los representantes franceses:—pero si no se estimaba con-

veniente volver á mandarlos fuera de su pais, á lo menos lo hubiera sido dejarlos en Veracruz, hasta el dia en que se hubiera probado plenamente, que no iban á turbar el orden que los aliados procuraban establecer.

En la sesion de 9 de Abril declaró el ministro francés que no podian creerse las promesas del gobierno mexicano, porque acababa de asesinar al general Robles.—¿Cuál era el valor de este argumento?—Vamos á examinarlo con imparcialidad.

El general Robles, considerado en su carácter privado, era uno de los hombres mas honorables que México poseia, y gozaba generalmente de la estimacion de su pais.

Pero como hombre político, atentaba contra la seguridad de su patria. Estaba en correspondencia secreta con M. de Saligny, y tramaba la caída del gobierno existente, en union de sus amigos Almonte y Miranda.

El general Zaragoza lo aprehendió en el momento en que iba á reunirse á estos en el campamento francés, para ayudarles á derribar á Juarez, y lo mandó fusilar en San Andres Chalchicomula.

La carta siguiente demostrará con cuanta inconsecuencia se ha empleado la palabra *asesinato*, para hacer conocer el fin de un general que se aprestaba á combatir á sus conciudadanos, y á hacer correr la sangre mexicana en provecho de un orden de cosas quimérico, y en detrimento del que toda la nacion reconocia como legal.

«CARTA DEL GENERAL ROBLES A M. DE SALIGNY.

«Guanajuato, 12 de Noviembre de 1861.

«Mi estimado amigo.

«He tenido el placer de recibir vuestra apreciable carta de 3 de Octubre, que me proporcionó una impresion muy agradable, al saber que un gran número de personas os deben la vida y la libertad, ó la libertad y la vida de sus parientes y amigos, y esto precisamente cuando acabábais de libertarme de ser traidoramente fusilado yo mismo. Con verdadero sentimiento os manifiesto mi conviccion, de que la moralidad de mis conciudadanos ha llegado á un estado lamentable.

Ya no viven mas que bajo la influencia del terror y de la avaricia. Os lo digo con franqueza, porque estoy persuadido de que, lo mismo que yo, deseais mejorar el estado del pais, sobre el cual podeis ejercer una grande influencia. Para lograrlo se necesita que haya un gobierno, pero no tal como el que se ha intitulado así hasta hoy.

«He tenido noticias del ataque brutal de Porfirio contra vos, y me parece imposible que aun el mismo Juarez y *su pandilla* hayan tolerado eso. Deseo ardientemente saber las consecuencias de ese acto vil, y las medidas que haya tomado el cuerpo diplomático.

«He dejado de escribiros por algun tiempo, porque no me atrevia á expresar mi desaliento, y porque mi sola esperanza consistia en que los gobiernos de Eu-

ropa llegaran á tomar las únicas medidas que puedan salvar los intereses de sus súbditos y los del mismo país. Las últimas noticias que he recibido de nuestros amigos de la Habana y de Almonte, me han devuelto esa esperanza.

«Si bien he tenido el disgusto de no recibir vuestras noticias directas, tenia la persuacion de que muy poco ó nada habia que esperar del señor Doblado. Este lo esperaba todo de la mútua destruccion de Juarez y de Márquez, y creia tal vez que despues del triunfo del uno ó del otro seria él llamado legalmente al poder, donde todos lo aceptarían como á un salvador. Según las noticias que recibo de mis amigos, ya está decidido á entrar inmediatamente en la escena. Cuando creia que vendrían solos los españoles, opinaba por una resistencia enérgica; pero despues que ha sabido que las tres potencias obran de acuerdo, se ha decidido á ponerse á la cabeza del gobierno y del ejército, para tratar con los aliados, esperando, según parece, un buen resultado de las negociaciones, y concluir una convencion pacífica con condiciones favorables. Cree que los gobiernos europeos se comprometerían á sostener su candidatura, si él conviene en cumplir fielmente los tratados y pagar las reclamaciones pendientes en un término dado.

«Vos conocéis las probabilidades del éxito mejor que yo, y me inclino á creer que si las naciones de Europa se han decidido á intervenir en los negocios de México, deben haber convenido de antemano en el orden de gobierno que debe establecerse aquí.

«Doblado está apoyado en sus esperanzas de un arreglo con él, por el vice-cónsul inglés de esta ciudad, y se dice también que tiene la seguridad del apoyo de M. Corwin y de que ni los Estados Unidos ni la Inglaterra aceptarán mas gobierno que un gobierno muy liberal. Como podeis suponer, el vice-cónsul de aquí obra por las inspiraciones de Sir Charles. (Wyke)

«Doblado espera subir al poder, pero si esto no le fuere posible legalmente, hará uso de la fuerza. Trata de encontrar en Querétaro cinco ó seis mil hombres, y procura proporcionarse un préstamo de medio millon. Esas tropas son tales, que yo no envidiaría el mandarlas; pero para batir á Juarez, se necesita bien poca cosa. El plan de Doblado presenta una gran ventaja, que consiste en la proteccion inevitable de los extranjeros, aun cuando ellos crean que los proteje siempre voluntariamente.

«Yo no he sido buscado ni consultado por nadie, y permanezco cuidadosamente alejado de todo compromiso. Así seguiré unos dias mas, hasta la llegada de una persona que se espera aquí de la frontera. Considero de mucha importancia que esas gentes sean bien instruidas del verdadero estado de las cosas, y que establezcan un sistema uniforme de operaciones: inmediatamente despues, me aproximaré á la capital.»

He aquí al hombre, al ciudadano que, sirviéndonos da las mismas palabass de M. Billault el 26 de Junio de 1862, iba á llevar su concurso leal y genenoso á la voluntad nacional!...

Y todavia dice M. de Saligny, hablando de esa car-

ta, que el general fué muy reservado en ella, por el peligro que habia entonces para la correspondencia!

Ninguna duda puede existir ya en adelante sobre el principio de esta intervencion. La Francia y la España habian sido seducidas, largo tiempo hacia, por los refugiados mexicanos Gutierrez Estrada, Miranda, Hidalgo y otros, y ambas naciones tenian el pensamiento de derribar el gobierno de Juarez y establecer en México una monarquía.

La primera en beneficio de Maximiliano.

La segunda en beneficio de un príncipe de Borbon.

Se puede asegurar también, segun la relacion de estos hechos que hemos expuesto que, al principio, la España fué la que arrastró á la Francia.—Mas tarde surgieron intereses poderosos en la cuestion, y viendose la España supeditada, se alejó.

En cuanto á la Inglaterra, todo le era indiferente, menos el pago de sus deudas, y asistia impasible al *steeple-chase* monárquico de sus dos aliados, sin tomar parte en él, y sin preocuparse del resultado. República ó monarquía, cualquier cosa le importaba poco, con tal de que le pagaran.

Con esta sola condicion consintió en firmar la Convencion de Lóndres, en union de la Francia y de la España.

La conferencia del 9 de Abril quebró el último anillo de la cadena que unia las tres potencias europeas, y desde entonces, el gobierno francés se encontró solo en presencia de la cuestion mexicana!

la que el general Linney - escribió en ella, por el
 delgado que había entonces para el correspondiente.
 Ninguna duda puede existir en el debate sobre el
 principio de esta intervención. La Francia y la Es-
 paña habían sido seducidas, largo tiempo hacia, por
 los religiosos mexicanos Gutierrez Estrada, Miranda,
 Hidalgo y otros, y ambas naciones tenían el pensa-
 miento de derribar el gobierno de Iturbide y establecer
 en México una monarquía.
 La guerra en beneficio de Maximiliano, como se
 la segunda en beneficio de un príncipe de Bavaria.
 Se puede asegurar también, según la relación de
 estos hechos que hemos expuesto, que al principio
 la España fue la que trató a la Francia. - Las tardes
 atención intereses poderosos en la cuestión, y vien-
 dose la España superada, se alió.
 En cuanto a la Inglaterra, todo lo era indistinto,
 menos el pago de sus deudas, y asistía impasible al
 aceptar el pago de sus deudas, y asistía impasible al
 dar parte en él. Y sin preocuparse del resultado. Res-
 pecto a monarquía, cualquier cosa le importaba po-
 co, con tal de que le pagaran.
 Con esta sola condición consentió en firmar la Con-
 venion de Londres, en unión de la Francia y de la
 España.
 La conferencia del 9 de Abril que el último mi-
 nistro de la corte que tenía las tres potencias, europeos,
 y de ahí entonces, el gobierno francés se encontró so-
 lo en presencia de la cuestión mexicana, cuando

«Mexicanos: las de salidom abastados...»
 «No hemos venido al país para tomar parte en sus
 divisiones: hemos venido para hacerlas cesar.
 Desde hoy queda declarada la guerra entre el go-
 bierno de Iturbide y nosotros, pero no confundamos al
 pueblo mexicano con una minoría opresiva... No
 tenemos mas fin que el de inspirar a la parte honra-
 da y pacífica del país, es decir, a las nueve décimas
 partes de la población, el valor de dar a conocer sus
 intenciones...»

CAPITULO IV.

«A presérense a venir hacia nosotros todos aquellos
 hombres que han estado divididos largo tiempo por
 el odio de la guerra...»

Principio de las hostilidades.—Desastre de Puebla. Ocupacion de Orizava.

«April 16 de 1862.
 DE SALIENTE.
 Acoger como una bendición amada: que los franceses
 no retrocederán un paso: que los franceses
 NE ATREVAN A COBERTURAS...»

Habia terminado el papel de la diplomacia.
 Los españoles é ingleses se habían embarcado.
 La suerte del gobierno mexicano iba a decidirse
 por las armas.
 Sin embargo, antes de entablar las hostilidades, di-
 rigieron los plenipotenciarios franceses al gobierno y
 al pueblo mexicano la proclama de que hacemos el si-
 guiente extracto:

1862